

El Canto de los Delfines



Numero 3, 2017

La niña que se hizo vegana

Matthew Costa

Kaylen tenía solo diez años cuando decidió que nunca comería ningún animalito por el resto de su vida. Kaylen creció en una casa donde comían huevos con salchicha por la mañana y tacos con carne por la noche. Como todos los demás en su escuela, ella pensaba que eso era normal y que comer animalitos era necesario para vivir, y que no había otra opción. Sus papás le enseñaron que comer animalitos y productos de animales era saludable y que Dios había puesto a los animalitos en el mundo para comerlos. Así que, por los primeros 10 años de su vida, ella les creyó.

Kaylen vivía en una finca con su familia, donde tenían animalitos típicos para ese lugar. Desde los seis años, su trabajo era darles de comer a los animales. A ella le gustaba mucho ese trabajo y era su parte favorita del día. Ella, incluso, tenía nombres para sus animalitos, su vaca se llamaba Lulú y el cerdo, Popeye. Cada mañana, su perro Buddy la acompañaba durante sus deberes. Buddy también disfrutaba la visita diaria a los otros animales. Además, Popeye y Lulú se animaban cuando veían a su compañero. Lo único que le molestaba era que Popeye y Lulú vivían en el granero, pero Buddy vivía en la casa. Más aún, cuando Kaylen cerraba la puerta del granero oía que Lulú y Popeye empezaban a llorar, y recordaba lo que sus papás le decían desde que tenía siete años: "cuando oigas los gritos de Lulú y Popeye, tienes que entender que el granero es su casa y es donde les gusta estar". Aunque tenía mucha fe en sus papás y sabía que eran muy buena onda, no les creyó que a Lulú y a Popeye les gustaba estar en el granero. Sin embargo, cada mañana suprimía esos pensamientos y cerraba la puerta del granero.

Toda su vida había conocido a Lulú y a Popeye, y por cuatro años los visitó con Buddy. Todo ese tiempo, ella pensó que su familia incluía a Popeye y a Lulú como parte de la familia por la misma razón que tenían a Buddy. Después de cuatro años, los dos animales habían crecido mucho y tarde o temprano su familia se los comería. Sus papás tenían el difícil deber de explicarle a su hija lo que les iba a pasar a los dos. No obstante, no lo hicieron, sino que le dijeron que Lulú y Popeye se habían escapado y no los habían podido encontrar. Kaylen se puso muy triste pero sabía que era lo mejor. Ahora Lulú y Popeye no



sufrirían más en el granero y ella tampoco tendría que ignorar sus lloriqueos, y aunque estaba triste, sentía alivio.

Esa noche su familia comió tacos de carne. Kaylen los vio y les preguntó por qué comían carne y de qué tipo. Su papá le dijo: “es carne de res”, y Kaylen respondió “¿qué animal es res?” Sus papás sabían que tarde o temprano tendrían que decirle la verdad a Kaylen y explicarle a su hija lo que les había pasado a Lulú y Popeye. Después de oírlos, Kaylen dejó de comer. Sabía que la carne eran trozos de su amiga Lulú y vomitó. Todas sus visitas solamente habían sido para que su familia se la comiera.

La mañana siguiente, su mamá la despertó y le dijo que el desayuno estaba listo. Kaylen se levantó y se dirigió a la cocina. Olió tocino con huevos, el desayuno usual en su casa. De nuevo empezó a llorar, como lo había hecho la noche anterior –sabía que los huevos y el tocino eran de animales. Ni siquiera sabía que el tocino era Popeye, pero ya no importaba pues sabía muy bien que el tocino era de un animal. Al igual que antes, volvió a vomitar y corrió a su cuarto. Su mamá la siguió y le dijo que tenía que salir y comer desayuno para que se fuera a la escuela. Pero Kaylen no podía pensar en esas cosas, y de ninguna manera podría desayunar lo que su mamá había preparado. Así que dejó de llorar, salió de su cuarto, y se fue a la escuela pero sin desayunar. Esa noche tampoco cenó. Ella duró todo el día sin comer y sus papás comenzaron a preocuparse. “Kaylen, ¿cuándo vas a volver a comer?”, dijo su papá. Kaylen respondió: “nunca en mi vida volveré a comerme a uno de mis amigos”. Su mamá le respondió “bueno, Kaylen, está bien, yo entiendo, ¿pero cómo comerás proteína? Tarde o temprano vas a tener qué comer carne de nuevo”. A lo que Kaylen respondió “no importa, no voy a comerme a mis amigos”. Mucho después supo que hay otras formas de proteína en los vegetales y jamás volvió a comer animales o productos de animales.

Esta obra está basada en hechos de la vida real y está dedicada a mi novia Kaylen junto con todos los animales comestibles del mundo.

Sobre El Autor

Matthew tiene 22 años y estudia matemáticas. Según él, uno nunca deja de crecer y, cuando sea mayor, quiere ser maestro de matemáticas o español. Le gusta pasar tiempo con amigos y familia, y vivir cerca de la playa.

